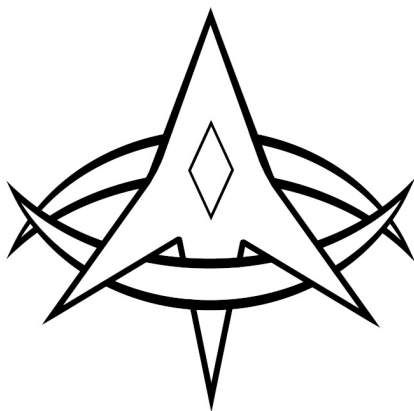


LUNA DE SANGRE

MUESTRA GRATUITA DE LECTURA



SARA HERRERAS CASTEL

Título: *Luna de sangre*

1ª Edición: marzo 2019

© 2018, Sara Herreras Castel, por el texto e ilustraciones

<http://www.saraberrerascastel.com/>

© 2019, Con Pluma y Píxel, por la presente edición

<https://www.conplumaypixel.com/>

Maquetación, diseño y revisión: Con Pluma y Píxel, © 2019

Impresión: Printcolor

<https://www.printcolorweb.com/>

ISBN-13: 978-84-948462-5-0

Depósito Legal: LR-96-2019

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Prólogo

Gethrinen tiene dos soles, uno grande y cálido, otro pequeño y frío. Al igual que sus dos dioses más poderosos.

Hethreim, el rey de los dioses, del fuego y la fragua. Dios de la creación y de la vida.

Fungjud, hermano del rey, dios de la oscuridad y la muerte. Eterno enemigo de la luz.

Los dioses siempre fueron caprichosos y, a pesar de su naturaleza luminosa u oscura, sembraron Cenystel con dones especiales para sus habitantes.

Pero únicamente para algunos. Especiales, pocos, pero que brillaron con luz propia como una estrella.

De ellos dependía ser recordados como héroes o villanos, independientemente de sus dones.

O no.

En Cenystel, la magia peor vista, odiada y considerada como la más oscura que existía, era la magia de sangre.

Y de entre todas las razas de Cenystel, las más marginadas eran las lamias, hadas oscuras con el don de la magia de sangre. Con colmillos y la capacidad de transformarse en serpientes.

Temidas y odiadas por siempre jamás, pero amadas por Fungjud.

El dios oscuro concedió ese don, el poder de la sangre, al resto de Cenystel para un puñado de elegidos, cuando el sol pequeño se tornara rojo y su luna oscura, negra como la misma noche, y oculta, brillara con ese color, produciéndose este fenómeno por una determinada alineación de los planetas.

Cada vez que sucedía, todo aquel que tenía magia de agua alcanzaba el dominio de la sangre.

Estos elegidos por Fungüud, conscientes del temido don, decidieron unirse y sobrevivir ocultando su secreto al resto del mundo mientras ellos seguían sus vidas con normalidad.

Se hicieron llamar la Sociedad de la Luna Sangrienta, en honor a la luna que nunca se veía en Gethrinen, salvo cuando el sol menor tornaba su color a rojo sangre y entonces, y solo entonces, se podía contemplar esa luna roja. Símbolo de la oscuridad de Fungüud.

Capítulo 1

La llamada

Para Gwendolyn Ondwair, la vida no podía ser más tranquila y feliz. Era un hada adolescente de diecisiete años, despreocupada, sin obligaciones y disfrutando de la vida.

Toda su familia vivía en uno de los pueblos del reino de las hadas, Adarathiel, cuya capital llevaba el mismo nombre. Dicho pueblo estaba situado casi en el límite del territorio, al lado de un lago profundo y grande. La familia estaba formada por el padre, Ardùar, de cabello oscuro y espeso, sin ningún atisbo de cabellos blancos. Tenía unos ojos oscuros profundos que destellaban pasión por su trabajo, así como músculos fuertes. Era muy alto, incluso entre las hadas de la magia del viento. Su trabajo y pasión consistía en fabricar vidrio. Su piel era blanca como la nieve.

Objetos de cristal, adornos, ventanas... sus figuras marinas eran las más cotizadas por su detallismo.

Larensha, su mujer, más baja, de pelo ondulado del mismo tono que el dulce de leche, con unos ojos azules como el mar y tez tostada. Ella tenía una panadería en la planta baja de la casa y era habitual que el resto de la familia despertase con el olor del pan recién hecho.

Gwendolyn tenía dos hermanos. Una hermana mayor llamada Merinn, un par de años mayor, y un hermano menor, un año menos, llamado Gadriath.

Únicamente Gwendolyn tenía nombre mortal, por la breve estancia que sus padres tuvieron en la Tierra antes de que naciera ella. Se habían mudado un total de tres veces, la última a aquel pequeño

pueblo que había sido su hogar desde un poco antes de nacer Gwendolyn.

Tanto Ardùar como Merinn y Gwendolyn eran hadas, en concreto, ondinas. Hadas del agua. Las alas de los tres miembros eran de un azul celeste brillante, y un poco más pequeñas que el resto de las hadas, salvo las de Gwendolyn, que estaban remarcadas con negro, en tonos más oscuros y morados con dibujos de medias lunas. Las ondinas tenían la peculiaridad de que podían aguantar bastante la respiración y respirar bajo el agua por sus branquias, que aparecían con el contacto con el agua, al tiempo que enrollaban sus alas y les salían a voluntad unas membranas entre los dedos para nadar mejor.

Larensha y Gadriath eran magos y, por tanto, no tenían alas, pero su magia era de agua también.

Aquel día había ido Gwendolyn al lago con los compañeros de clase, sus amigos, para hacer una fiesta antes del principio del curso.

Llevaba unos pantalones cortos, una camiseta de tirantes y chancas. Debajo, un traje de baño.

Estaba sentada en la hierba, disfrutando del sol mientras se apartaba el cabello castaño oscuro ondulado de la cara. Estaba algo morena de pasar las tardes en el lago tomando el sol y bañándose aquel verano. Hizo sombra con su mano en los oscuros ojos azules para mirar a los chicos, quienes estaban jugando con una pelota en el agua. Sonrió, disfrutando de aquel día.

Las chicas ya se habían tumbado para coger un color más oscuro. En silencio.

Gwendolyn, en cambio, no. Le gustaba coger algo de color, pero enseguida se aburría de estar tumbada sin hacer nada. Era una chica de acción.

Su mayor deseo, y a la vez secreto, era poder estudiar en la prestigiosa Academia de Guardianes de Adarathiel, la capital del reino de las hadas. Aunque la Academia ya no era exclusivamente para los chicos, seguía sin ser bien visto que las chicas estudiaran allí. Era un lugar donde se centraban en la magia de combate.

Se moría de ganas por estudiar allí.

Los chicos dejaron de jugar en el agua y se dirigieron a la orilla entre risas y bromas mientras alguno hacía señas a las chicas. Gwendolyn los saludó con la mano y una amplia sonrisa.

Los chicos se tiraron al suelo y la ondina aprovechó que llevaba las gafas de sol para dar un último repaso, disfrutando de las vistas.

Gwendolyn era consciente de que era guapa y no necesitaba arreglarse mucho, pero aquel día pensaba que resplandecía con luz propia. Simplemente, era feliz.

Los chicos enseguida se acercaron a la ondina para hablar. Aunque le gustaba llamar la atención, se preparó mentalmente para alguna conversación aburrida, que terminaría en el monólogo de los chicos mientras ella se quedaba en silencio. Era inevitable. No encontraba interesantes a sus compañeros de clase.

Por eso ella estaba sin novio y el resto de chicas tenían pareja.

Antes de que empezaran a hablar, llegó su hermano, Gadriath. De quince años, que todavía no había dado el estirón, era el más bajito de la familia, y sin musculatura. El pelo lo tenía incluso más oscuro que ella, casi negro. La única que había salido a su madre era Merinn, una versión más joven de Larensha, pero con los ojos de Ardùar. Gwendolyn y Gadriath tenían los ojos de la madre, azules profundos.

Tanto Gwendolyn como Gadriath habían salido al padre en aspecto físico, excepto los ojos, a pesar de que Gadriath no había dejado del todo la etapa de niño.

Gadriath no dejaba de mover las manos, evidenciando que estaba nervioso y eso alteró a Gwen, pero no dejó que sus emociones salieran a la luz.

—¡Gwen! —su hermano intentó llamar su atención en cuanto estuvo lo suficientemente cerca.

No quería acercarse más y miró de reojo a las otras chicas en bikini, obviamente nervioso, entrando en acción las hormonas.

Ella no quería levantarse, así que movió la mano para que se acercara.

—Ven —le ordenó.

Gadriath tragó saliva de forma ruidosa y obedeció, reticente.

—¿Qué pasa? —preguntó Gwen.

—Papá y mamá quieren que vuelvas a casa ahora. Han dicho que es algo importante —le contestó él.

Un par de chicos se rieron de Gadriath al escuchar la palabra padres, provocando que su hermano se enfadara. Era como un libro abierto para ella.

—¿Ahora? —se quejó Gwen.

En parte se quería ir, pero lo que menos deseaba era parecer ansiosa por irse.

Gadriath asintió.

—Han dicho que es importante —le recordó.

—Está bien. —Intentó poner un tono de voz de disgusto.

Recogió sus cosas y miró a sus compañeros de clase.

—Luego os veo —dijo con voz cansada.

—Espera, Gwen —Uno de los chicos se levantó—. ¿Luego te pasarás a la fiesta de esta noche? Va a ser bestial.

—Por supuesto —prometió ella.

Se despidió con la mano y acompañó a su hermano de vuelta a casa.

Cuando estuvieron lo suficientemente lejos de allí, Gadriath se volvió para mirarlos y luego dirigió la vista al frente mientras mostraba una sonrisa.

—Creo que te he salvado del aburrimiento.

Gadriath sabía leer a Gwen tanto como ella a él. Siempre habían estado muy unidos y no tenían secretos entre ellos, salvo el de Gwen respecto a la Academia, pero ese no contaba.

—Tienes razón, se me hacen muy repetitivas estas fiestas. —Luego hizo un ruido de frustración—. Y esta noche, la última de Verano, no me apetece nada.

—Pues no vayas —dijo, sin más, Gadriath.

—No puedo hacer eso. Si no, seré el bicho raro de clase.

—No sé porque le das tanta importancia a tener un grupo de amigos grande.

Gwen le lanzó una mala mirada y él se encogió de hombros.

—O si no como tú, ¿no?, sin amigos —lanzó ella de forma hiriente y ahora le tocó a él poner mala cara.

—Te has pasado.

—Lo siento —se disculpó Gwen.

El resto del camino fueron en silencio hasta que llegaron a la casa y subieron rápidamente las escaleras para entrar al salón.

Allí estaban ya todos. Merinn estaba en el sofá mientras miraba algo en su esfera de cristal, convertida en ese momento en tableta.

Sus padres también estaban en el sofá, esperando y muy serios.

A Gwen, por un momento, le entró el pánico y se puso nerviosa. No los había visto así de serios nunca.

Se sentó en uno de los sillones mientras intentaba imaginar qué podría ser tan importante como para reunir sin previo aviso a toda la familia y cerrar los negocios durante el día.

Lo primero que le vino a la mente fue que se iban a divorciar. Agarró fuertemente su bolsa, cada vez más histérica.

Ardùar y Larensha intercambiaron una mirada.

—Tenemos algo importante que comunicaros —dijo Ardùar.

—¡Os vais a divorciar! —saltó al final Gwen, a punto de llorar.

—¿Qué? —dijo Larensha confusa—. No es eso, para nada, es una buena noticia.

Gwen se relajó. Merinn se despegó de su esfera y Gadriath se sentó en el borde del sillón, todos expectantes.

—Ya sabéis que he tenido bastantes encargos en Adarathiel últimamente, sobre todo para los altos cargos. —Todos asintieron al escuchar las palabras de Ardùar—. El último encargo ha gustado tanto que me han ofrecido un taller en Adarathiel, lo suficientemente grande para aceptar ayudantes y ampliar el negocio.

Larensha miraba a Ardùar con orgullo y, en cierta forma, era una gran oportunidad que pocas veces se presentaba.

—Nos vamos a mudar a Adarathiel —dijeron ambos—. Mañana.

Gwen estaba cada vez más aturdida.

—Hay que hacer las maletas con lo imprescindible. Los abuelos

nos mandarán las cosas poco a poco e iremos haciendo viajes para no dejarnos nada —informó Ardùar.

—¿Qué? —susurró Gwen.

No quería irse. Allí estaba toda su vida.

—¡Me niego! —gritó de repente Merinn—. No podéis obligarme, aquí tengo a mis amigos... y mis estudios. No puedo dejarlo todo así porque sí.

—Cálmate, Merinn, ya lo hemos solucionado todo con el papeleo de las escuelas —dijo Larensha—. Empezaréis todos mañana en los nuevos centros.

—¡No podéis hacerme esto! —gritó Merinn, y luego lanzó un grito de frustración.

Se fue a su habitación y dio un portazo.

Larensha suspiró, sabiendo que aquella iba a ser la reacción de su hija mayor. Luego, ambos padres miraron a sus otros dos hijos.

—A mí me parece bien —dijo Gadriath encogiéndose de hombros.

Miraron expectantes a Gwen para ver cuál iba a ser su reacción.

Ella estaba decidida. No quería marcharse porque, como Merinn había dicho, toda su vida estaba allí. Sus amigos, los compañeros de clase... pero, por otra parte, iban a ir a Adarathiel y quizás tuviera la oportunidad de matricularse en la Academia de Guardianes.

Podía ser una oportunidad única en su vida de cumplir su sueño.

—Yo... no lo sé —dijo Gwen insegura. No sabía qué hacer. En su corazón estaba dividida.

Miró al suelo.

—Haced las maletas con lo que vayáis a necesitar para una semana. Lo iremos trayendo todo a nuestra nueva casa —prometió Ardùar—. Ya tenemos una casa comprada y... ¡el taller es enorme!

En la voz de Ardùar se notaba la emoción por ver cómo evolucionaba su nuevo taller.

—Me gustaría despedirme esta noche de mis amigos en la fiesta del lago —pidió Gwen.

—Está bien, pero no vengas muy tarde —dijo Larensha.

—Está bien.

Gwen salió rápidamente del salón y se fue a su habitación, ausente por las noticias. Gadriath le dio alcance en el pasillo.

—Qué locura, ¿verdad? —dijo su hermano mientras entraba en la habitación de ella.

La joven ondina asintió y se le hizo un nudo en el estómago, ya que una parte de ella no quería marcharse de allí. Debido a su naturaleza, le encantaba vivir cerca del agua y no imaginaba cómo iba a ser estar en una ciudad tan lejos de ella. Miró la decoración de su habitación, su cama con dosel, el biombo que siempre tenía encima algún fular o camisa, hasta su tocador con el enorme espejo.

Sabía que todas sus cosas iban a ir a la nueva casa después de un tiempo, pero se le hacía insoportable despedirse de la habitación.

Había vivido toda su vida allí.

—¿Gwen? —preguntó él.

—Me fastidia mucho todo esto, ya lo sabes —dijo Gwen mientras sacaba una maleta de debajo de la cama—. Prácticamente ha sido de un día para otro. Estoy furiosa.

—Yo creo que es genial —argumentó Gadriath—. Iremos a la ciudad.

—Pero todos dejamos aquí un pedazo de nuestras vidas, Gadriath —dijo enfurruñada mientras intentaba decidir qué llevarse.

—Menos yo, ¿verdad? —le respondió molesto su hermano, recordándole la discusión de antes.

Salió de allí sin decir nada más, dejando de mal humor a su hermana.

Gwen pensó entonces en la Academia de Guardianes. En algún momento abordaría a sus padres para convencerlos, pero primero tenía que decidir qué llevarse a su nuevo hogar.

Lamentaba profundamente las palabras de antes y, en cuanto pudiera, iba a ir a pedirle perdón a su hermano pequeño.

Luego empezó a vaciar los cajones y rellenar la maleta con su contenido.

Estuvieron el resto del día haciendo las maletas para lo impres-

cindible y preparando alguna caja. Merinn se negó a ayudar y se encerró en su habitación, mientras el resto de la familia se despedía de la casa. A la mañana siguiente empezaban una nueva vida.

Después de cenar, Gwen se acercó a la habitación de Gadriath. Se detuvo en la entrada sin saber muy bien qué decir. Su hermano pequeño no terminaba de encajar en ninguna parte. Al igual que Larrensha, era un mago en el reino de las hadas pero, mientras que ella se había adaptado haciéndose un hueco en aquella sociedad, Gadriath no.

Al mirar su habitación llena de cachivaches, de los que no tenía ni idea sobre su auténtico propósito y función, supo que su hermano estaba destinado a ser algo más que un Guardián, aprendiz de vidriero o panadero. Él veía el mundo de otra forma.

—Oye... —empezó Gwen, apoyándose en el marco de la puerta—. Siento haber sido tan mala contigo hoy.

Gadriath estaba decidiendo entre dos objetos metálicos raros. Al final descartó ambos y se concentró en su maletín de herramientas.

—¿Me has escuchado? —insistió Gwen.

—Sí, y ya lo sabía —respondió Gadriath—. No hacía falta que vinieras.

—Quería disculparme. —Se encogió de hombros.

Al fondo del pasillo se escucharon los gritos de Merinn y ambos miraron en esa dirección. Luego volvieron a mirarse. Su hermano hizo una mueca.

—Las cosas están tensas —dijo.

—Sí, pero va a estar bien. —Ella pensó en Adarathiel y en su sueño. Al día siguiente, a primera hora, les diría a sus padres que quería ingresar en la Academia.

Se incorporó.

—Me tengo que ir, te dejo con tus cosas —Se despidieron.

Volvió a su habitación. Había metido en un par de maletas lo imprescindible y alguna cosa de la cual no podía separarse, como su peluche, un trianniam, que era un tigre con melena de león y cuernos de ciervo en la cabeza.

Abrió su armario, medio vacío. Aquel día no estaba muy animada por lo ocurrido, así que, en vez de decantarse por uno de sus vestidos de colores alegres, eligió un vestido de color azul oscuro, casi negro. Le llegaba hasta la mitad del muslo y caía en suaves ondas, y tenía pequeñas piedrecitas blancas que le daban el aspecto del cielo nocturno. Era sin mangas ni tirantes y con un cinturón.

Cogió una chaqueta de punto negra, que se ataba por detrás con botones por las alas, y la dejó abierta por delante.

Luego se puso unas bailarinas. Las hadas nunca llevaban tacones porque siempre estaban caminando por el bosque o volando. No era práctico. Solían llevar mallas o pantalones cortos si llevaban vestidos pero, como esa noche no iba a volar, no se las puso.

Se miró en el espejo del tocador, se puso un collar de lapislázuli, que iba perfecto con su conjunto, cuatro pulseras en una muñeca y, en la otra enganchó su esfera comunicadora en una pulsera especial para ello. La había disminuido hasta el tamaño de una canica. Por si había una emergencia, la tendría a mano.

Después se dio un poco de brillo en los labios y se recogió el pelo en un moño.

Una vez hubo terminado, se dirigió al lago donde iba a ser la fiesta, en una zona adaptada para hacer una hoguera sin riesgo de incendio.



No fue difícil localizar la fiesta, ya que la hoguera se veía desde lejos, al igual que se escuchaba la música.

En cuanto entró en el círculo, unos pocos la saludaron y le pusieron enseguida un vaso de plástico hasta arriba de alcohol.

Lo que menos deseaba en ese momento era tener una resaca a la mañana siguiente, así que fue usando su magia del elemento agua para ir haciendo desaparecer la bebida.

—¡Gwen! ¡Gwen! —Se acercó una chica—. Nos hemos enterado. ¡Te vas mañana!

En su voz, algo pastosa, se podía notar algo de pena por la noticia.

—Ha sido algo inesperado —respondió.

—Qué envidia. Vas a vivir en Adarathiel —saltó otra—, la capital del reino de las hadas.

Era evidente que las chicas sentían envidia porque ella se iba a vivir a la ciudad.

—Pues yo preferiría no irme. —En ese instante, Gwen supo que mentía. Tenía unas ganas enormes de ir a Adarathiel.

Uno de los chicos se acercó y le dio otro vaso lleno mientras le pasaba el brazo por el hombro.

Lo recordaba, seguramente de coincidir en alguna clase.

—Entonces esta fiesta será nuestra despedida —dijo con una sonrisa.

Ella tuvo que reprimir el gesto de asco cuando el aliento con los vapores del alcohol le llegó a la cara, golpeándola.

—Gracias a todos, pero esto no es un adiós.

—Pues claro que no, ¡es un hasta luego! —Alzó la voz otro de los chicos levantando el vaso.

—Nos escribiremos todos los días —dijo una amiga—. No perderemos el contacto.

Aunque fueran palabras amables, a Gwen le sonaron huecas las promesas que le iban haciendo. Estaba rodeada de muchas personas, aunque se sentía terriblemente sola en aquel instante. Pensó en su hermano, solo pero rodeado de personas que lo querían.

—Disculpado —susurró mientras se desprendía del brazo del chico y se alejaba de todos sus compañeros de clase.

Necesitaba algo de aire fresco, así que se distanció de la fiesta para reponerse.

Todavía no había hecho desaparecer el contenido del último vaso de alcohol y se lo llevó a los labios, pero hizo una mueca al oler el líquido. Fue hasta una papelera y lo tiró, sin ganas de beberse.

Escuchó unas voces masculinas acercarse hacia donde estaba ella y se preparó para decirles que la dejaran en paz unos minutos. Ya tenía una expresión cansada en el rostro, quería volver a casa y acurrucarse en su cama por última vez.

Cuando se dio la vuelta, vio que se trataba de dos de los chicos que antes se habían acercado a ella.

—Hola, ahora mismo iba a volver a la fiesta —respondió Gwen. Su voz sonaba cansada y no le apetecía estar más allí. Se despediría e iría a casa.

—¿Por qué? Podemos seguir con la fiesta aquí —sugirió seductoramente uno de los chicos.

En sus ojos pudo apreciar un destello de algo que no le gustó.

—Lo siento, pero me voy —dijo, más firme.

Empezó a caminar de vuelta a la fiesta y a la zona iluminada. Se sentía vulnerable, insegura, en aquella zona casi a oscuras, con esos dos chicos que la miraban de tal forma que le entraban escalofríos.

—¡Espera! No te vayas —dijo el otro, agarrándole la muñeca.

—¡Suéltame! —exigió Gwen tirando de su brazo—. ¡Te he dicho que me sueltes!

Estaba aterrada, no sabía ninguna técnica para defenderse y su cerebro se bloqueó. No conseguía recordar ningún hechizo ni movimiento para atraer el agua.

—No está drogada —se quejó el otro—. No debe de haberse bebido la cerveza.

Aquello terminó de paralizar a Gwen.

—¿Qué...? —tartamudeó.

—Todavía podemos divertirnos con ella —propuso uno de los chicos.

El otro asintió y le tapó la boca a Gwen con una mano, mientras con la otra le agarraba el otro brazo.

Intentó gritar y resistirse, pero era inútil.

—¡Cállate, zorra! —gritó el otro, dándole una bofetada.

Algo dentro de ella se rompió y se fragmentó en mil trozos de cristal. Su corazón, que latía rápidamente, se fue ralentizando y un

nuevo sentido se abrió ante ella. El mundo se volvió rojo, rojo como la sangre.

El tiempo se hizo más lento y, de repente, en su mente, se vio transportada al interior de una cueva. Era oscura y fría, con un lago subterráneo en tonos malvas y azules. Y en la orilla del lago, había una figura encapuchada. La oscuridad la envolvía.

—¿Aceptas el don que se te ha concedido, para defenderte, atacar y alzarte ante tus enemigos? —preguntó el encapuchado, una voz masculina que sonaba muy lejana, pero que era un susurro en su oído.

—Sí... —susurró en respuesta.

El encapuchado asintió y Gwen regresó a donde estaba. El tiempo volvió a su curso, aunque con una diferencia: ahora notaba algo que antes no sentía.

Tomando el control sobre el nuevo elemento a su alcance, actuó.

El chico que la había abofeteado se quedó rígido y empezó a moverse como los muñecos movidos por un títerero. Después lanzó un puñetazo al que agarraba a Gwen.

Este se frotó la mandíbula.

—¿Qué estás haciendo? —exigió saber, pero se quedó mudo al ver los ojos aterrados de su amigo.

Gwen alzó una mano y la movió.

El chico volvió a golpear a su compañero.

Luego levantó la otra mano y el que había recibido el puñetazo se lo devolvió.

Fue moviendo las manos lentamente, concentrándose, gastando todas sus energías en que ambos chicos se dieran una paliza hasta que quedaran inconscientes.

Pero Gwen no paró, y siguió obligando a los cuerpos a lanzarse golpes. Quería su venganza. Solo veía un mundo en rojo.

Los ruidos de la fiesta rompieron su concentración y ambos chicos cayeron al suelo, todavía inconscientes, pero vivos.

Gwen se miró las manos, horrorizada por lo que había hecho, por la clase de poder que tenía.

Echó a correr hacia su casa y no se detuvo.

Mientras, en las sombras, una figura encapuchada observaba.
Luego desapareció en la oscuridad.

Y aquí, en esta interesante escena, tenemos que dejarlo.

Si quieres saber cómo continúa la historia, no dudes en pasarte por nuestra web para adquirir el texto completo:

<https://conplumaypixel.com/>

Gracias por leer,

El equipo de Con Pluma y Píxel.